

La última ronda

Por fin salieron los últimos empleados del híper, que habían estado reponiendo cansinamente las estanterías para la oferta que comenzaba el día siguiente. El Centro Comercial había quedado en la penumbra. Germán, que había aparecido repentinamente junto a la puerta sur, supo que era la hora de comenzar la ronda nocturna, recorrer el largo pasaje hasta la puerta norte. Y después regresar a la puerta sur.

Pasó junto a la puerta de los multicines y lanzó una fugaz mirada a la cartelera. Siempre se decía que debería llevar al cine a Belén. Desde luego, nunca se ponían de acuerdo: él prefería las pelis de acción y ella, que siempre se imponía, las románticas. Sin embargo había visto ya aquellas películas, sí, o había decidido no verlas. Pensó que deberían cambiar la cartelera; le resultaba extraño que pasaran las semanas sin que hubiera estrenos.

Caminó hacia la gran plaza, donde estaba situada la fuente, ahora adormecida, como todo. La *Bocca della Verità* estaba desenchufada, pero el rostro barbudo conservaba toda su expresividad. La última vez que Germán había introducido la mano, lo recordaba muy bien, le había anunciado una complicación en el trabajo, pero no imaginaba de qué podía tratarse. Hubiera deseado saber algo de su relación con Belén, pues Germán sentía que se limitaban a pasar el tiempo.

Observó Germán las maniqués del expositor del Zara. Belén estaría guapa con esa falda. Lanzó una mirada distraída a las medias de rejilla negra que llevaba otra de las maniqués. Si supiera la talla de Belén, pues era tan complicado adivinarlo con las medias. Nunca le pediría que se las comprara, pero regalárselas sería otra cosa. Pero no, nunca le compraría ropa a Belén.

Ojalá el encargado le diera alguna vez turno de día. Le gustaba entrar en las tiendas de ropa femenina sin llamar la atención, sobre todo en la tienda de lencería. Siempre se detenía allí para charlar con Rocío, la cajera, a la que un día invitaría a tomar un café. Sería un primer paso.

Por alguna razón, estaba acumulando una guardia nocturna tras otra. El día era ajetreado sin duda, niñatos escondiéndose botellas de whisky en los pantalones o caraduras comiéndose las patatas fritas sin pagar, pero la noche podía llegar a ser más peligrosa. Germán no olvidaba de aquellos quinquis que se habían defendido a navajazos cuando les sorprendió junto al cajero. Creían que les iba a resultar fácil desvalijarlo. Germán no tuvo dificultad en ponerles en fuga.

Nacho, el otro guarda de seguridad, se acercó taconeando al otro lado del pasillo, junto a la tienda de regalos. Apoyaba la mano derecha en la culata de la pistola, sin duda intranquilo porque había sentido algo. Después del incidente, todos los guardas jurados del Centro Comercial llevaban pistola, pero Germán, desde luego, sólo seguía armado con una insignificante porra.

Los dos guardas se cruzaron sin decirse nada. Hacía algún tiempo que se ignoraban.

Junto a la entrada del híper, estaba situado el pequeño cajero. Cuando se acercaba a él, Germán sentía renacer el antiguo dolor en el pecho. Aquel navajazo asustado e irreparable. Habían pasado unos días, o unos meses, desde que había sorprendido a los quinquis tratando de forzarlo. Aquellos tipos debieron de quedarse escondidos en el servicio. Sí, escaparon sin llevarse nada, tan solo la tranquilidad de Germán. Apenas le dio tiempo a llamar su atención cuando la hoja de la navaja le laceraba el pecho. La sangre empapó rápidamente la camisa y Germán, que comenzó a

sentir entonces el dolor, trató de cortar la hemorragia poniendo la mano sobre la herida. Quizá llamó por el walkie-talkie a Eduardo, que estaba en la central.

El dolor se mitigó al llegar al otro extremo del Centro Comercial. Germán comprobó que la cancela de la puerta norte estaba bien cerrada. Se asomó a la calle: desde luego, la parada del bus estaba vacía, pues el servicio acababa a las diez y media. Las extenuadas puertas automáticas, que se abrían miles de veces cada día, descansaban.

Nacho se estaba tomando el primer café de la noche, un humeante capuchino sacado de la máquina. A Germán también le hubiera apetecido tomarse uno.